

Vitalismo, sensualidad, erudición e ingenio: la narrativa de Fernando

Iwasaki

Francisca Noguero Jiméneez

Introducción

Si hay un nombre que se repite en los mentideros literarios actuales, éste es el de Fernando Iwasaki (Lima, 1961), escritor cosmopolita por temperamento y orígenes¹ que, según sus propias palabras, concibe como únicas patrias “la memoria y el cuerpo de la mujer que amo”². Dotado de un fino sentido del humor, una personalidad carismática y una imaginación desbordante, Iwasaki pertenece al linaje de los creadores que, como Francisco de Quevedo, Ricardo Palma o Ramón María del Valle Inclán, se han jugado la vida con cada palabra desde que existe la literatura, signando su literatura con el rasgo capital del movimiento perpetuo.

1. Visiones globales

Historiador, periodista, crítico, director de revistas literarias, gestor de fundaciones y escritor por encima de todo, Iwasaki mostró muy pronto su curiosidad intelectual en trabajos académicos como *Nación Peruana: Entelequia o Utopía* (1988); *El comercio ambulatorio en Lima* (1989); *Mario Vargas Llosa: entre la libertad y el infierno* (1992); *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI* (1992) o *Jornadas contadas a Montilla* (1996). Estos ensayos revelan tanto su interés por el Perú -especialmente el de la etapa virreinal, lo que quedará reflejado en sus estupendas *Inquisiciones peruanas* (1994)- como la amplitud de criterios -históricos, políticos, económicos- que maneja en sus textos. Su curiosidad por los temas más diversos lo llevó, asimismo, a publicar dos volúmenes en la mejor tradición del periodismo satírico: *El Sentimiento Trágico de la Liga* (1995), dedicado al fútbol, y *La caja de pan duro* (2000), que reúne sus crónicas sobre televisión. En ellos se aprecian las características más sobresalientes de su estilo: vitalismo y sensualidad, ingenio para desvelar los aspectos más insospechados de la realidad y una amplísima erudición que origina continuos juegos intertextuales en sus páginas. *El descubrimiento de España* (1996) -miscelánea a medio camino entre la colección de ensayos, las pseudomemorias y la autoficción, y sin duda su título favorito-, presenta de nuevo estos rasgos al retratar con grandes dosis

¹ De ascendencia nipona y nacido en Perú, Iwasaki vive en España desde 1989 y posee la nacionalidad hispano-peruana.

² “Colofón”, en *El descubrimiento de España*. Oviedo, Nobel, 1996, p. 203.

de humor las relaciones del autor con la “Madre Patria”.

2. Narrativa

El corpus narrativo de Iwasaki está constituido por los libros de cuentos *Tres Noches de Corbata y otras noches* (1987); *A Troya, Helena* (1993); *Inquisiciones peruanas* (1994; segunda edición aumentada con cinco relatos en 1997); la colección de cuentos integrados *Libro de mal amor* (2001) y la de microrrelatos *Ajuar funerario* (2004)³. Todos estos títulos coinciden en recrear mitos e historias de muy diversa procedencia, de los que se ofrece una lectura a medio camino entre la ternura y el sarcasmo. No en vano la generación del autor es conocida con el calificativo de “mutante” por sus continuos cambios de registro. Como señala acertadamente José Luis de la Fuente:

La narrativa de Fernando Iwasaki (y por extensión, su obra toda) ofrece una ruptura posmoderna del orden; sin rechazar la tradición, ésta se canibaliza para crear otro producto. Esa metamorfosis de lo cultural acompaña a una interpretación igualmente cambiante de la realidad, que se enmascara bajo el lenguaje e incluso el tono (el humor, a menudo), pero bajo esa apariencia muestra una problemática oculta de caracteres dramáticos (la tragedia, generalmente, en el desenlace)⁴.

Herederos de Borges, los textos de Iwasaki buscan el desplazamiento en todos los órdenes, lo que se observa tanto en la variedad de temas abordados como en la disparidad de códigos lingüísticos que maneja y que van del habla del esclavo negro en el virreinato al del cholo o el andaluz, pasando por el lenguaje del inquisidor o el conquistador del XVI, el argot del adolescente burgués, el del policía inculto o el de la chica de familia acomodada. Veamos a continuación estos rasgos en cada uno de sus libros.

2.1 Los relatos

Tres noches de corbata y otras noches

Herederos de *Las mil y una noches* en el título y de la fantasía gótica en la portada -con búho y casa negra incluidos-, este libro inicial descubre la preocupación de su autor por las múltiples apariencias de lo real, revelando un universo personal marcado por los mitos, los sueños y la magia. Este clima de miedo, visión y pesadilla será recuperado en los microrrelatos de *Ajuar funerario*, donde aparecen repetidos los argumentos de “El ritual” y “Tres noches de corbata” (incluidos en *Tres noches*

³ Omito la mención de *Un milagro informal* (Madrid, Alféguara, 2003) por estar constituido a partir de cuentos publicados en sus dos primeros libros con la adición del relato “El derby de los penúltimos”, que comentaré más adelante.

⁴ José Luis de la Fuente: “Fernando Iwasaki Cauti: las metamorfosis de la escritura”, *New Peruvian Writing*. Leeds, Trinity and All Saints-University of Leeds Press, 2000, pp. 81-100.

de corbata...) y de “Pesadilla en Chacarilla” (integrado en *A Troya, Helena*).

Como ya señalara José Luis de la Fuente, casi todos los relatos de este volumen terminan con la muerte de sus protagonistas. Es el caso de “La otra batalla de Ayacucho” -el abuelo decide morir cuando su nieto no comprende la significación épica de los soldados de plomo, representantes de la victoria de Ayacucho, prefiriendo por su edad las espadas láser de *Star Wars*-, “El tiempo del mito” -el profesor paga con la vida su visión del Jaguar-, “El ritual” y “Tres noches de corbata” -pesadillas infantiles recurrentes en la obra de Iwasaki-, “Mar del sur” -el cruel conquistador es convertido finalmente en piedra-, y “Mal negro es el congo”, “La invención del héroe” o “Último tercio”, textos en los que el sabio uso de una focalización ambigua mantiene al lector engañado hasta el último momento.

Los cuentos de este libro temprano cronológicamente pero maduro desde el punto de vista literario encuentran su base, por consiguiente, en la fascinación por lo inexplicable y en el interés por lo no dicho. Como ya señalé, uno de sus mayores logros reside en los narradores de las diferentes historias, quienes cuentan “entre brumas” porque no están capacitados, no saben o no les interesa desvelar la verdad de lo que relatan, generando una auténtica poética de la incertidumbre.

Iwasaki ya descubre en estas páginas sus bien definidas obsesiones, fundiendo sin empacho mitologías cultas de muy variada procedencia -americanas, asiáticas, africanas, europeas- con otras extraídas de la cultura popular -cinematográficas, televisivas, leyendas urbanas-, que cobrarán cada vez mayor importancia en su literatura. Asimismo, yuxtapone argumentos de novela negra con otros adaptados de las crónicas de Indias para ofrecer una visión plural y fragmentaria de nuestro mundo, en la que resulta imposible distinguir entre realidad y ficción y donde el engaño juega siempre la mejor baza.

En estos textos primeros se reconoce la impronta de los maestros de la fantasía Julio Cortázar y -sobre todo y como ya dije- Jorge Luis Borges, hecho reconocido con humor en el prólogo: “En él se notarán muchos parecidos y tal vez apenas se entrevean mis rasgos (seguro que si no lo reconocía salía igualito a mí); espero que con el tiempo mis hijos reflejen mejor lo que soy”⁵. De hecho, la recurrencia al final sorprendente de los cuentos, que irá desapareciendo en títulos posteriores, parece derivarse de la predilección por esta construcción narrativa en los citados maestros argentinos.

Así, “Paradero final”, historia de unos individuos que viajan en microbús ligados por una secreta relación de complicidad y que se comunican a través de frases escritas en los asientos, se encuentra influido claramente por los cuentos “Ómnibus” y “Graffiti”, de Cortázar. En cuanto a Borges, su huella se rastrea especialmente en “El tiempo del mito”, el relato más largo del volumen y uno de los más conseguidos. En él, el profesor Baldomero Denegri alcanza a través de la visión del Jaguar el misterio de

⁵ *Tres noches de corbata y otras noches*. Lima: Ave, 1989, p. 5.

la divinidad de forma parecida al sacerdote de “La escritura del dios”, en *El Aleph* borgesiano. La debilidad confesa de Iwasaki por la enumeración caótica, estrategia que hiciera famosa Borges precisamente a través de “El Aleph”, se aprecia en la escena donde Denegri accede a la visión del Jaguar tras ingerir alucinógenos:

De pronto comenzaron las imágenes. Ahí estaba yo en mis primeros años de universitario; luego fueron los preparativos de ese estúpido baile de graduación escolar al cual me opuse -todos pensaron que lo hacía por comunista, pero la verdad es que no tenía a quién invitar-. Vi a los curas obligándome a hacer Educación Física y a mis padres besándose mientras los espiaba por el ojo de la cerradura. Repentinamente, las figuras se hicieron más fugaces. Contemplé la capital ocupada por el ejército chileno y la construcción del Ferrocarril Central; hombres consumiéndose por el fuego de la Inquisición y una corrida de toros del siglo XVI. Vi a los Incas someter a pueblos enteros y a éstos sometidos por los españoles. ¿Acaso veré cómo surgió la cultura peruana?, pensaba (*Tres noches de corbata...* 30).

Las referencias culturales son fundamentales en este cuento, revelando tanto el interés de Iwasaki por las religiones comparadas -no en vano en estos años ejercía como docente universitario de esta materia- como su interés por aspectos poco conocidos de las culturas antiguas. Así, leemos en el cuento alegatos como el siguiente: “Pensar que me formé en el conocimiento de los mitos y que cometí el mismo error de Orfeo y Gilgamesh. Pero no me importa; por lo menos me queda la satisfacción de que yo, Baldomero Denegri, he tenido mi propia iniciación heroica” (*Tres noches de corbata...* 33).

De este modo se explica que la idea del eterno retorno, que da título al relato y es base argumental de textos como “Taki Ongoy” y “Eco yoruba”, articule la reflexión final del narrador: “¿Cómo pudo trazar el círculo sobre la figura? ¿Qué misteriosa fuerza lo condujo hacia allí? O ¿debo pensar que fue sólo por casualidad? De acuerdo con Eliade, el tiempo del mito describe un trazo circular de eterno retorno y Baldomero Denegri debió de ser alcanzado en algún punto de esa línea inexorable. Es la única explicación que puedo improvisar...” (*Tres noches de corbata...* 34).

La muerte de Denegri, de la que nunca se aclara si ha sido provocada por un hongo alucinógeno - explicación realista- o porque efectivamente contempló al Jaguar -lectura fantástica-, se encuentra relacionada con un artículo científico escrito por Iwasaki y citado a pie de página en el texto, nuevo guiño cómplice a los juegos intertextuales tan frecuentes en la literatura borgesiana (*Tres noches de corbata...* 28)⁶.

Por su parte, “La sombra del guerrero” está estrechamente vinculada a las numerosas ficciones del escritor argentino, deudoras de *Los duelistas* de Conrad, que describen la lucha infinita de dos contendientes de excepción. En el relato, Iwasaki recurre a su identidad *nikkei* -lo que se repetirá raramente en textos posteriores- para contar la historia de un hombre llamado Kawashita, en clara

⁶ Se trata de “Alucinógenos y religión: aproximaciones al arte Chavín”, texto publicado en la revista de la

equivalencia fónica con su propio apellido. El protagonista recupera la memoria de sus ancestros al recibir un katana mágico, arma con la que debe suicidarse cumpliendo una deuda de honor traicionada cincuenta años antes por un antepasado. El final de la historia es uno de los más líricos e intensos del volumen, reflejando la schopenhaueriana idea de la ausencia de identidad durante la ceremonia del *harakiri* practicada por el protagonista:

Su tacto [del katana] me hizo entrar en posesión de un antiguo conocimiento (...). Mientras me colocaba la espada sobre el abdomen pensé en los escasos cien años que tardó el Japón en asimilarse al mundo occidental y los comparé con los minutos que me bastaron para asumir su milenaria cultura. Ahora que mis ojos hacen sus últimos movimientos comprendo el sentido del Bushido: el Emperador, mi abuelo y yo somos una misma forma, somos el dios... desde el otro lado me viene el olor de los cerezos (*Tres noches de corbata... 12*).

El espíritu del cuento policiaco es recuperado en “La invención del héroe”, texto de ejecución sorprendente donde el protagonista, como el Lönnrot de “La muerte y la brújula”, es conducido a una muerte segura a manos de Rodolfo, un maquiavélico profesor que se revela al final como narrador de la historia. En el texto de nuevo se reconoce muy bien asimilada impronta de Borges, que seguirá siendo frecuente en su obra posterior⁷:

Mientras la cuenta regresiva seguía su marcha, Ronald Yauri accedió a la comprensión absoluta de su situación: no eran esos hombres ni un negro destino los que le darían muerte, sino la traición y las intrigas literarias de Rodolfo, que habían hecho de él un personaje de ficciones imposibles (“como si los cholos de aquí fueran como los ladrones de los cuentos” (...). El inicio de las descargas le aclaró aún más la telaraña tejida a su alrededor y le vino a la memoria el argumento de “La muerte y la brújula”, en el que un detective razonador muere varias veces en el cuarto punto de un laberinto (*Tres noches de corbata... 84*).

Sin embargo, Iwasaki logra separarse de su predecesor al dotar al cuento de un enorme sentido del humor basado en expresiones cotidianas, despojándolo de abstracciones y realizando un verdadero *tour de force* con la palabra para presentarnos tanto la vulgaridad de Yauri como la pedantería de su asesino Rodolfo, reconocido por sus muletillas lingüísticas al final del cuento: “Antes de desplomarse [Yauri] llegó a tener la lucidez de recordar a los héroes épicos, siempre machucados, siempre hasta las huevas... ¿acaso reconoció en su muerte el ciclo heroico?... ¿acaso supo que moría repitiendo un arquetipo?... no pues, je, je... de dónde pues, ¿no? (*Tres noches de corbata... 84*).

A Troya, Helena

El cuento que da título a este volumen refleja las claves fundamentales del “taller Iwasaki” a

Pontificia Universidad Católica de Perú *Histórica*, 1987, vol. XI, n.º 187.

⁷ En “Erde”, el narrador se permite incluso decir en clara referencia al pasaje central de “El Aleph”: “Debería decir - como Borges- que arribo ahora al inefable centro de mi relato” (*A Troya, Helena* 45).

partir de este momento: un subido erotismo en el que la mujer lleva la voz cantante (bajo un velo de aparente inocencia, la fémica dominará los corazones y los cuerpos del sufrido varón); la original recuperación de los mitos (ya visible en *Tres noches de corbata...*) y el uso de un habla popular definida por los peruanismos, los términos coloquiales y, especialmente, por los ingeniosos juegos de palabras.

En “A Troya, Helena”, la protagonista es descubierta por su marido en plena práctica de sexo anal con un ex alumno de nombre tan significativo como Alejandro Parissi. La expresión “A Troya, Helena” se explica en clara alusión al amor griego o “por atrás”, reflejado en la portada del volumen a través de grabado clásico. Las alusiones a los mitos helénicos se repiten en escenas como la siguiente, que da cuenta del alto voltaje sexual de los textos:

[Alejandro] Ordenó con voz ronca y temblorosa: “A Troya, Helena. Ahora vamos a Troya”. Recordé cuántas veces intenté penetrar infructuosamente en los insondables dominios traseros de Helena y reprimí un instinto homicida desde el otro lado del espejo. (...) Helena ahora se había convertido en una cocodrila, en una *Melusina* insaciable (...). Ahora gritaba con la cara congestionada, la sonrisa contenida, el desenfreno en cuatro patas. Me dije entonces que no valía la pena y que ese enervante reflejo me devolvía en realidad mis lascivos quehaceres de otra época, espejismo al mismo tiempo urdido en el deseo imposible de haber sido una vez Parissi y raptado mi propia Helena, sus niveos brazos, mi Caballo de Troya (*A Troya, Helena* 172).

El libro se presenta impregnado de sensualidad desde su introducción, en la que se recrean en goloso mestizaje olores peruanos y andaluces: “Descubrir a estas alturas de la vida que uno tiene un sentido adormilado es una experiencia estimulante y a la vez un ejercicio de memoria (...) Esas sensaciones primordiales vuelven a mí para enseñarme a distinguir la dama de noche del nardo y el amaranto del naranjo en flor, las endivias con queso del paté de hierbas y el cebiche mixto de la cola de toro” (*A Troya, Helena* 7). De este modo, muchos de los cuentos se plantean como explícitos homenajes a los sentidos: oído (“Rock in the Andes”), gusto (“Arroz a la polaca”, “Un muerto en Cocharcas”), vista y tacto -“Hawaii Cinco y Medio”, “Erde”, “A Troya, Helena”- y olfato -“La rueda incontinente”-.

“Rock in the Andes” supone un magnífico repaso de canciones que han marcado nuestra memoria, alternando la revisión de los clásicos populares del siglo XX con una divertida intriga en la que tienen cabida además la lucha contra *Sendero Luminoso* y la leyenda urbana de que algunas canciones de rock esconden mensajes satánicos. En el cuento, un profesor y su inocente alumno serrano investigan el carácter maldito de estas canciones. La comicidad se logra puesto que el chico, que no habla inglés, es inmune a la seducción de las letras que investiga y, por tanto, capaz de las más peregrinas interpretaciones sobre las mismas:

Onésimo reparó en la magnitud de la conspiración satánica al comprobar que Jimmy Page de *Led Zeppelin* había compuesto la banda sonora de la película *Lucifer Rising*; que en la carátula del LP *Heaven to Hell* de *Black Sabbath* figuraba un crucifijo invertido; que el último álbum de *Kiss* se llamaba *Hotter than Hell*; que los *Rolling Stones* tenían canciones como *Sympathie for the Devil* e *Invocation of my Demon Brother* y habían editado un perverso LP llamado *Their Satanic*

Majesties Request. Todo tenía un diabólico sentido (*A Troya, Helena* 143).

Los absurdos se multiplican, creando un hilarante efecto de “bola de nieve” que lleva a interpretaciones tan peregrinas como la siguiente: “Finalmente, *Lucy in the Sky with Diamonds* no tenía nada que ver con el LSD, sino con el propio Lucifer (‘Lucy de cariño, pues’), a quien los evangelios apócrifos llamaban “el diamante del cielo” cuando era Luzbel” (*A Troya, Helena* 152).

El sentido del gusto es homenajeado en “Arroz a la polaca”, cuento que destaca la importancia de la comida para la selección peruana de fútbol y en el que se contraponen de forma rocambolesca el discurso del locutor radiofónico con las declaraciones de la cocinera del equipo. La variedad de registros lingüísticos se mantiene en “Un muerto en Cocharcas”, claro homenaje a *Asesinato en el Orient Express* de Agata Christie signado por el lenguaje vulgar y falsamente solemne de los policías. En este caso, véase la importancia de la comida a partir de la comparación del crimen con la receta del cebiche: “Cada uno tenía sus propios motivos para matar al muerto y sin embargo todos declararon su inocencia con odio, con rencor y con cinismo. Era como el cebiche, donde cada ingrediente conservaba su saborcito y al mismo tiempo el picante del rocoto, la amargura del limón y un desprecio encebollado. Sí, carajo. El muerto le recordaba la leche de tigre: un zumo venenoso y ardiente, un concentrado maldito” (*A Troya, Helena* 102).

En cuanto a los relatos eróticos, que utilizan preferentemente los sentidos de la vista y el tacto, el más explícito está dedicado al motel “Hawaii, Cinco y Medio”, espacio donde una mujer reprimida descubre su desbordada sexualidad en compañía de muchachitos. Como personaje fuerte y cargado de erotismo se muestra asimismo la protagonista de “Erde”, reencarnación de Medusa, poseedora de un can (cerbero) y generadora de menstruaciones que la convierten en una masacradora de hombres. Las alusiones mitológicas y eróticas se dan la mano en fragmentos como los siguientes, que definen perfectamente la peculiar mezcla de erudición, ingenio y coloquialismos característica de los textos de Iwasaki:

Me impresionó el indescifrable gusto terroso de su ser. Recordé que *Erde* significa *tierra* y que la tierra es uno de los elementos del universo. Ella era algo primordial como el agua, el fuego y el aire y yo era solamente polvo, polvoriento deseo y concupiscencia (*A Troya, Helena* 44-45).

“¿Sabes que Amöbe significa medusa? -decía-. Yo soy Medusa y te la puedo convertir en piedra”. Sí, ella era fuego, agua, aire y tierra, mezcla de ángel, demonio, lengua y poto (*A Troya, Helena* 46).

Al final, el narrador es devorado por la “vagina dentada” de la muchacha:

-¿Qué son esos monstruos? –balbuceé.

-No son monstruos, Jimmy. Son *menstruos*.

El repugnante nombre de las alimañas me hizo recordar que estábamos a fin de mes y que lo que

confundí con una desfloración había sido la diabólica menstruación de Erde. (...) La regla y el semen operaban el hediondo maleficio de engendrar a esa progenie espantosa, así como la Tierra había parido a Tifón, Equidna, Cerbero y Medusa, mi Amöbe, mi angelito mañoso, mi cachorrito de monstruo (*A Troya, Helena* 47).

“La *jumelle fatale*” describe de nuevo una hembra perversa que, con su conducta, anticipa los fracasos del narrador reflejados posteriormente en el *Libro de mal amor*. El protagonista no duda en presentarse como un tipo sin personalidad que vive con el único fin de agradar a las mujeres:

Mientras miraba el teléfono me invadieron las dolorosas memorias de mis múltiples papelones amorosos, siempre hablando como un descosido y consolidando una fama de pelotudo de campeonato: si la chica era cucufata y yo le hablaba de Dios, el Deuteronomio y la chucha del gato; cuando era idealista lo intentaba con huachafería, confesándole que quería tener muchos hijitos y citando *El Principito* porque “lo esencial es invisible a los ojos”; si la compañera era de izquierda la ideología aconsejaba proceder de manera muy teórica hasta llegar a la conclusión de que Marx escribió *El Capital* para tirarse a Rosa de Luxemburgo. En fin, que yo había hablado muchas huevadas a lo largo de treinta años y que ya era hora de parar el carro (*A Troya, Helena* 87).

Por fin, el sentido del olfato preside “La rueda incontinente”, homenaje al tabaco en sus más raras y exquisitas variantes que cuenta cómo un hombre pierde sabor, olor y ganas de vivir cuando abandona el cigarrillo.

El tono humorístico del volumen, que se mantiene en el magnífico alegato contra la burocracia “Un milagro informal”, cede espacio sin embargo a la amargura en un texto de denuncia que pivota entre la ternura y la dureza. Se trata de “La danza de la gravedad”, invectiva contra la explotación infantil que refleja desgarradoramente cómo un niño boxeador muere en el ring:

Qué pensaría su abuela Cloti (*ángel de la guarda*) si lo viera con todos esos borrachos mugrientos (*dulce compañía*), si supiera lo del *Terokal* (*no me desampares*) o acaso que robaba (*en la noche y en el día*). Segurito que se moría de pena, que le daría *La ley de Newton* y se iría al cielo (*A Troya, Helena* 10).

Inquisiciones peruanas

Continuando la estela transgresora abierta por *A Troya, Helena*, *Inquisiciones peruanas* rescata el espíritu pícaro de las *Tradiciones peruanas* de Palma para contar a partir de textos históricos reales, tomados en su mayor parte de los *Anales de la Inquisición de Lima*, la historia oculta de la capital del Perú. Como Palma, a quien homenajea desde el título, Iwasaki encuentra el motivo de sus narraciones en legajos de cuya procedencia da cumplida cuenta en la nota que abre cada texto. Así, narra sucesos recogidos en anales inquisitoriales entre los siglos XVI y principios del XVIII, etapa que el escritor conoce perfectamente por su condición de historiador con varios artículos científicos publicados sobre la espiritualidad de la época.

La visión amable de la Lima virreinal ofrecida por Palma evoluciona a otra más cínica. Como el

propio autor indica en el prólogo: “He decidido dedicar estas páginas a conjurar la imagen vicaria de Lima desde sus propios sedimentos religiosos, redimiendo de la incuria a una singular floresta de monjas, confesores, beatas, heterodoxos, exorcistas e inquisidores para regalo de arrechos y escándalo de necios” (*Inquisiciones peruanas* 15).

Los relatos advierten de los silencios de la historia a partir de una triple lectura: la del documento real (presentado objetivamente), la del autor (que lo comenta regocijado y extrae del mismo sus posibles e hilarantes conclusiones) y la del lector, enfrentado a una realidad marcada por la represión y la sensualidad extremas.

Los documentos históricos que sirven de base a cada aventura son tan sabrosos que despiertan ya de por sí la sonrisa maliciosa. Aunque la extensión de los relatos es desigual, presentan una estructura semejante, destacando en todos ellos los títulos imitativos de los recogidos en códices de la época, el uso de citas tomadas de libros de espiritualidad del momento, los comentarios jocosos a partir de la etimología de las palabras utilizadas y la conclusión de cada aventura, que adopta la forma del chiste.

Así, se presentan diversos cuadros de la vida en la Lima colonial ordenados cronológicamente y signados por el tema común de la subversión. Las narraciones pasan revista a todas las formas del erotismo practicadas bajo el manto de la ortodoxia eclesiástica, entre las que eran frecuentes la sollicitación, el exhibicionismo, el fetichismo, el concubinato, la bigamia o los actos sexuales durante la confesión. Todas estas prácticas son narradas con gran desparpajo, abundancia de términos latinos y fragmentos literarios que reflejan el clima ideológico de la época. La tendencia a perseguir conductas sexuales heterodoxas y la pasión enfermiza por atrapar brujas e iluminados reflejan en definitiva una sociedad tiránica, marcada por la inseguridad y, por ello, temerosa de perder las riendas ideológicas sobre sus súbditos.

Iwasaki sigue aderezando este libro con un humor fino e inteligente, que basa principalmente en los juegos de palabras. A través de ellos aborda el tema erótico sin caer en lo explícito, algo que también podíamos comprobar en las *Tradiciones en salsa verde* de Palma. La defensa de la libertad se encuentra en la base de unos relatos “escritos en una vena risueña y bonachona, con una actitud tolerante y comprensiva para la ceguera y los excesos a que suelen ser propensos los seres humanos”, tal y como señalara Mario Vargas Llosa en la presentación del volumen (*Inquisiciones peruanas* 12).

La portada del libro, siempre tan cuidada por su autor, da buena cuenta de este hecho. Descrita como “Detalle de la serie de la Procesión del Corpus en Cuzco por Diego Quispe Tito (s. XVIII)”, en ella observamos el paso de una cofradía de intenso colorido en la que el clima esperable de recogimiento se enfrenta a la presencia de un loro con una flor en el pico o a la actitud de uno de los feligreses, que

mira sonriente al espectador mientras guiña un ojo. El subtítulo del volumen sigue esta estela de intertextualidades irónicas -“Inquisiciones peruanas donde se trata en forma breve y compendiosa de los negocios, embustes, artes y donosuras con que el demonio inficiona las mientes de incautos y mamacallos” (*Inquisiciones peruanas* 4)- mantenida asimismo en los epígrafes introductorios de cada relato, en los que se dan la mano alusiones a textos populares y cultos, canciones o poemas de la más diversa índole. El colofón lógico de este espíritu lúdico y picaresco es, obviamente, la frase "Insondables son los caminos del señor" (*Inquisiciones peruanas* 89), que concluye el volumen.

Entre los relatos destacan “Las apariciones del Armado. Un caso de exorcismo de 1570” y “Cuando el que tiene de inga se busca un mandinga. Sobre el pecado nefando en Lima”. En el primer caso, el escritor logra plenamente la distancia irónica a partir de un comienzo que merece ser transcrito porque resume perfectamente su estilo:

Advierte San Bernardo en su sermón *De diversis* contra el demonio que esparce negras legañas sobre nosotros cada vez que nos invade el sueño, para que rechacemos el comercio con los espíritus súcubos y enseñarnos cuánto le irritan al Malo los favores del Cielo a los hombres temerosos de Dios. Una ciudad como Lima -tan rica en virtudes y santidad- no podía escapar airoso de las iras infernales (*Inquisiciones peruanas* 17).

En este caso se cuentan las peripecias del proceso que en 1572 abrió la Inquisición contra María Pizarro, “quien -poseída por más de mil diablos- le rogó a cinco sacerdotes que durmieran con ella para salvación de su alma y consuelo de su carne” (*Inquisiciones peruanas* 17), con las consecuencias que este yacer colectivo tuvo para ella misma, sus amigas y los sacerdotes que las acompañaban.

Siguiendo el esquema tradicionalista de Palma, el segundo relato explica el significado de una expresión popular en Lima. Así se comenta en el inicio: “Un viejo aforismo limeño dice que *El que no tiene de inga tiene de mandinga*, para hacer alusión al mestizaje de todas las naciones que puso Dios en su seno” (*Inquisiciones peruanas* 39). La frase pierde su significado original con la historia del esclavo Andrés Cupi, “mandinga de nación” aficionado al “pecado nefando” que, al ser condenado por los jueces debido a sus prácticas homosexuales, “se defendió denunciando a sus cómplices de lubricios: el obispo de Huamanga, el Presidente de la Audiencia de Quito, un Oidor de Charcas, el Prior de los dominicos del Cuzco, el Capitán de los Lanzas y Arcabuces del Virrey, el corregidor de la Villa de Potosí, ‘tres frailes que no se acuerda’, ‘varios encomenderos y gentileshombres del servicio de Su Majestad’ y el propio párroco de Malambo” (*Inquisiciones peruanas* 41-42).

El comentario que sigue da idea de la chanza característica en Iwasaki, generada en este caso a partir de la cita culta: “La ausencia de piedad a la hora de delatar al prójimo corroboraba las teorías lascasianas: Andrés Cupi no tenía alma, pero era puro cuerpo” (*Inquisiciones peruanas* 42). Como suele ocurrir en estos casos, el asunto se archivó: “El fiscal resolvió dejar la causa suspensa, pues “no es

bueno que negocios privados de gruesos personajes alboroten la tierra de donayres y habladorías” (*Inquisiciones peruanas* 43). Así se llega al aforismo final: “los moradores de Lima ya pergeñaban sonetos repitiendo que el que no tiene inga tiene mandinga, para separar a los amancebados con indias de los arrejuntados con negros” (*Inquisiciones peruanas* 43).

Pero quizás lo más interesante en el conjunto sea comprobar la gran cantidad de mujeres que, llevadas por sus lecturas piadosas o por el enrarecido clima espiritual de la época, sufrieron arrobos místicos y éxtasis neuróticos semejantes en muchos casos a los ardores eróticos. Es el caso de la ya mencionada María Pizarro y su grupo de iluminadas en “Las apariciones del Armado”; de la sevillana Inés Velasco, la mística aérea y erótica en “Inés, la voladora”; de la madre Inés de Ubitarte y sus tentaciones con un íncubo en “Una monja castigadora de Demonios”; de la cuarterona mulata Ana María Pérez, nueva Celestina pasada por el tamiz del ascetismo en “Zurcidora de virginidades y buscona de simiente”; de la exhibicionista Ángela Carranza en “Ángela de Dios, sacadora de ladillas” o, finalmente, de la sufrida Lucía del Espíritu Santo, dispuesta a sacrificar el pie ante su fetichista esposo con tal de guardar incólume la doncellez en “El pie de Lucía del Espíritu Santo”.

“El derby de los penúltimos”

Paso a comentar “El derby de los penúltimos”, cuento con el que Iwasaki ganó mercedamente el Premio Copé 1998 e integrado posteriormente en *Un milagro informal* (2003). El relato prueba la maestría alcanzada por su autor en un género homenajeado bellamente en el prólogo:

Estos años de creación rápida y comida literaria me sugieren símiles alimenticios: la novela puede ser poco hecha y el cuento debe estar bien cocido. La novela siempre engorda y el relato suele tener las calorías justas. La novela una vez abierta aguanta muy bien en la nevera y el cuento tiene que consumirse de inmediato. La novela lleva conservantes y el relato es pura fibra. La novela siempre consiente una recalentada, mientras que el cuento -como la película- “sólo se fríe una vez”. La novela es un potaje caliente de hervores casi intestinales y el relato una comida fría de bricolaje vegetal. La novela quita el hambre y el cuento abre el apetito (*Un milagro informal* 11-12).

“El derby de los penúltimos” demuestra el interés de Iwasaki por las biografías de algunos escritores peruanos que vivieron en España y a los que ya dedica algunas significativas páginas en *El descubrimiento de España*. El relato cuenta la historia de Félix del Valle a través de los cuadernos de un tal Froilán Miranda -“peruano peregrino, escritor apócrifo y viceversa” (“El derby de los penúltimos” 11), no muy distante del “literato joven, anónimo y pobre” que sería del Valle según el epígrafe introductor del cuento, tomado de Rafael Cansinos Assens (“El derby de los penúltimos” 9).

A medio camino entre la realidad y la ficción, el texto recurre a fuentes documentales del propio Cansinos Assens, Gómez de la Serna o González Ruano para narrar con tierna ironía la historia del

fracasado del Valle en una época turbulenta -la primera mitad del siglo XX-, retratada a la perfección a través de un lenguaje castizo y marcado por los giros idiomáticos de su tiempo. Sirvan de ejemplo las siguientes líneas, en las que se describe magistralmente un “tablao” flamenco de la posguerra española:

Afuera la rasca helaba a los indigentes, adentro un calor carnal caldeaba las entrepieñas; afuera la escasez y la penuria devastaban Madrid, adentro el estraperlo y la mangantería surtían la buena mesa; afuera España se despenaba en dos bandos irreconciliables y adentro esas discordias se dirimían a través de la lenta querrela de una *soleá*. Acurrucado junto a una estufa y destilando lagrimones de salmuera por sus ojos de aceituna, descubrí a Félix del Valle renegrido y arrobado como un ángel caído (“El derby de los penúltimos” 21).

La trama, que desmitifica en su transcurso escritores fundamentales de las letras hispánicas como Rosa Arciniegas, Rafael Cansinos Assens, José Carlos Mariátegui, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina o Victoria Ocampo, cuenta la historia de una cobardía repetida -la de Félix del Valle-, teñida finalmente de heroicidad a los ojos de Borges y que dará lugar al argumento del famoso relato “El sur”. El texto recalca en tres tiempos y lugares diferentes: Lima, 1916 (Del Valle niega su adscripción al partido de Piérola para evitar una pelea de burdel); Madrid, 1939 (a pesar de su republicanismo, el protagonista recibe a los fascistas con el brazo en alto y cantando himnos falangistas); y, finalmente, Buenos Aires, 1944, donde se produce su “redención”.

Ante el comentario del narrador por el bochornoso comportamiento de del Valle en el segundo episodio -“Félix, aquello era lo último que esperaba de usted”-, éste contesta: “Froilán, de mí debe esperar siempre lo último”. Así se explica el título -“Valle decía que nuestras vidas eran como el “derby de los penúltimos” una carrera de perdedores donde sólo el caballo ganador esquivaba el desolladero” (“El derby de los penúltimos 25)- y la simpatía por los perdedores en un texto que, sin duda, constituye una de las cotas más altas en la trayectoria literaria de Iwasaki.

2.2 Otros experimentos narrativos: *Libro de mal amor* y *Ajuar funerario*

No podemos concluir el repaso de esta espléndida narrativa sin comentar los últimos volúmenes publicados por el escritor: la colección de cuentos integrados -mal llamada novela- *Libro de mal amor* (2001) y el conjunto de microrrelatos reunidos en *Ajuar funerario* (2004).

Libro de mal amor

Si hay un libro de “buen humor” y “mal amor” –términos correspondientes según el propio autor- en la trayectoria de Iwasaki, éste es el que aglutina los diez fracasos amorosos que conforman *Libro de mal amor*. A medio camino entre la autobiografía y la autoficción, el texto enseña con melancólica ironía cómo *no actuar* para lograr la conquista amorosa.

El homenaje a Juan Ruiz y su jocosos e irreverente *Libro de Buen Amor* se aprecia desde el título y explica los epígrafes que abren cada episodio, cargados de humor y alusiones intertextuales de la más diversa procedencia. El anti-don Juan protagonista que, como el Zelig de Woody Allen, se torna camaleónico para seducir a las mujeres, conecta las diferentes historias, las que sin embargo pueden leerse también de forma independiente. Sólo el relato final cohesiona los restantes al recordar los aspectos más significativos de las tramas narradas.

El caricaturizado pero a la vez tierno narrador cuenta, desde la distancia que le confiere la edad adulta, cómo en su juventud pasó de patinador a político, de judío ortodoxo a catequista católico en un *tour de force* con las mujeres que lo llevó a ser conquistable, pero nunca conquistador. De ahí la total ausencia de machismo en un libro que presenta sin embargo “tipos” de mujeres -la morena apasionada, la dulce rubia, la judía, la monja, la deportista, la niña de familia rica-, pues el protagonista hace gala en todo momento de sus fracasos con ellas.

Jugando con la estética de lo cursi –el autor, como su admirado maestro Guillermo Cabrera Infante, disfruta bordeando el *kitsch* en reiteradas ocasiones- y recordando melancólicamente la frase de bolero “lo que pudo haber sido y no fue”, Iwasaki logra que la memoria ceda terreno a la imaginación en un texto que provoca la sonrisa del lector desde la primera a la última línea.

Ajuar funerario

Esta colección de microrrelatos en la estela de la fantasía gótica supone la vuelta de Iwasaki a una temática que le fascina desde sus comienzos. Así, los epígrafes que abren el volumen pertenecen significativamente a Borges, Poe y Lovecraft

Los terrores infantiles, las leyendas urbanas y las consejas populares encuentran en el molde del microrrelato su mejor cauce genérico. Los finales sorprendentes y abruptos, las tramas abocetadas y los personajes arquetípicos en los relatos de terror, retomados aquí con naturalidad y necesarios para construir textos brevísimos, contribuyen al escalofrío general con que se leen estas páginas. Así, en el libro se dan cita zombies, fantasmas, brujas, vampiros, súcubos y, lo que es peor, abuelas vampíricas o hermanos muertos que no lo están del todo... por citar sólo unos cuantos ejemplos.

Haciendo gala de un manejo prodigioso de la prosa y aunando la irreverencia con los temores

reales, el volumen conjuga desde su título lo doméstico -“Ajuar”- con lo tanático -“funerario”-, demostrando que las peores pesadillas proceden siempre del ámbito de lo real. Valga como ejemplo “Las manos de la fundadora”, de factura tan sorprendente como impecable:

LAS MANOS DE LA FUNDADORA

Qué miedo me daba besar el hábito de la madre fundadora cada vez que las monjas nos arrastraban hasta la capilla del colegio para ver su cuerpo incorrupto. No me gustaban ni su cara de momia ni sus manos verdosas como bizcochuelos podridos. Aunque lo peor era esa Virgen adornada con el pelo de la madre fundadora, blanco y erizado como la telaraña de una tarántula.

Un día las monjas me encerraron en la capilla por mentirosa, amenazándome con la cachetada de la fundadora. Ellas creen que vomité de susto, pero tenía que impedir que me pegara. La mano izquierda sabía mejor (*Ajuar funerario* 97).

Conclusión

En las páginas precedentes hemos podido comprobar cómo Fernando Iwasaki maneja una escritura abierta, transgresora y plural que comenzó apoyada en los maestros -*Tres noches de corbata y otras noches*-, para continuar en el terreno erótico e investigando en las jergas más diversas -*A Troya, Helena*-, revisar la historia en *Inquisiciones peruanas*, recuperar las memorias eróticas en *Libro de mal amor* y las historias de miedo en el reciente *Ajuar funerario*. Vitalismo, sensualidad, erudición e ingenio: ¿alguien da más en las letras actuales?

Obras citadas

- Fuente, José Luis de la: “Fernando Iwasaki Cauti: las metamorfosis de la escritura”, *New Peruvian Writing*. Leeds, Trinity and All Saints-University of Leeds Press, 2000, pp. 81-100.
- Iwasaki, Fernando: *Tres noches de corbata y otras noches*. Lima: Ave, 1987.
- _____. *Nación peruana: Entelequia o Utopía*. Lima: Centro Regional de Estudios Socio-Económicos, 1988.
- _____. *El comercio ambulatorio en Lima* (coautor). Lima: Instituto Libertad y Democracia, 1989.
- _____. *Extremo Oriente y Perú en el siglo XVI*. Madrid: Mapfre, 1992.
- _____. *Mario Vargas Llosa, entre la libertad y el infierno*. Barcelona: Estelar, 1992.
- _____. *A Troya, Helena*. Bilbao, Los Libros de Hermes, 1993.
- _____. *Inquisiciones peruanas*. Sevilla: Padilla Libros, 1994. 2.^a edición aumentada Sevilla: Renacimiento, 1997.
- _____. *El sentimiento trágico de la Liga*. Sevilla: Renacimiento, 1995.
- _____. *Jornadas contadas a Montilla* (editor). Córdoba: Obra Social y Cultural Cajasur y Ayuntamiento de Montilla, 1996.
- _____. *El descubrimiento de España*. Oviedo: Nobel, 1996.
- _____. *La caja de pan duro*. Sevilla: Signatura, 2000.

- _____ . *Libro de mal amor*. Barcelona: RBA, 2001.
- _____ . *Un milagro informal*. Madrid: Alfaguara, 2003.
- _____ . *Ajuar funerario*. Madrid: Páginas de Espuma, 2004.